ESPLENDOR DE BARCELONA EN OTOÑO, 1972

J.J.Armas Marcelo

Desde la barra del *Tucumán*, al mirar distraído durante un momento hacia la calle Balmes, en Barcelona, lo vi pasar con su melena leonada que iba perdiendo el color dorado del rubio para pasar al blanco de las canas. Decidí esperar a que transcurrieran unos minutos, para dejarlo llegar y sentarse en su despacho. Entonces, pagué y me acerqué a conocerlo como habíamos quedado. Toqué en la puerta de la editorial y di mi nombre a quien me abrió. Esperé solo un minuto hasta que apareció la secretaria de Barral, Montserrat Sabater.

Carlos Barral y Gabriel García Márquez en Calafell

-¿Tú eres J.J.? Pasa, Carlos te está esperando –dijo con la catalana amabilidad de entonces.

En un segundo crucé una galería escasamente iluminada, que a primera vista me pareció inmensa, en la que esperaban varias personas a las que no conocía, creo recordar (así recuerda la memoria: inventando) que con manuscritos bajo el brazo. Recuerdo también que iba como en volandas, y caminaba –esa es ahora la sensación que pervive en mi memoria- con una energía inusitada y como si mis pasos no tocaran el suelo de la galería que conducía hasta el despacho del director. Y allí, en ese despacho amplio, sentado en su sillón negro tras una mesa negra enorme, sostenida en patas de burra del mismo color negro, estaba Carlos Barral, vestido enteramente de negro, con una camisa negra con estrellitas, abierta a mitad del pecho, fumando un cigarrillo y bebiendo tragos. Al otro lado de la mesa había un personaje, que hablaba con Carlos con toda complicidad, del que yo tenía noticia y que ahora también iba conocer. Era Antonio de Senillosa, vestido impecablemente con un traje de seda azul marino y una camisa del mismo tono, deportivo, elegante y sin corbata. Sí recuerdo muy bien que estaban hablando, y

yo me integré en silencio –contra mi costumbre- en aquella conversación, sobre Ana María Matute, su literatura y su vida.-¿Tú has leído a la Matute, J.J., la conoces? -me preguntó Barral, como si siguiera la conversación en la que yo entraba ahora, como si nos conociéramos de toda la vida.

-Poco -le respondí con sinceridad inmediata, mientras me tomaba la confianza de encender un Condal del Uno, que es lo que yo fumaba en ese momento.

-Querrás un trago de vodka ¿no?-me preguntó Carlos.

No había probado ese alcohol en toda mi vida, entregada hasta entonces al whisky y, sobre todo, al ron, pero le dije que sí, que yo mismo me serviría un trago de la botella de Moskonskaya, etiqueta verde.

Cuando después de un rato se hubo marchado Senillosa, tras invitarme a cenar esa noche en El Orotava, entró Fernando Tola, la mano derecha de Carlos durante esa temporada. Hicimos amistad desde el principio y él fue quien meses más tarde me avisó en Las Palmas de Gran Canaria de los impulsos de la manada de advenedizos, que había iniciado una operación de acoso y derribo para sustituirme en la dirección editorial de Inventarios por un poeta sin escrúpulos.

Un poco más tarde, mientras los tres, Barral, Tola y yo, hablábamos en el despacho de futuros proyectos, Barral señaló una montaña mediana de originales que tenía a la izquierda de su mesa.

-Aquí está *Usuras y figuraciones*, listo para la imprenta –dijo dirigiéndose a mí..

Meses más tarde, en mayo de 1973, publicamos en Inventarios la poesía reunida de Carlos Barral. Para ese entonces ya había conocido y hecho amistad con Rafael Soriano, que trabajaba con Barral desde antes de ese momento, y con Faustino Linares, hasta consolidar con ellos una amistad también cómplice. A los dos me los he ido encontrando en diferentes editoriales a lo largo de estos años. Incluso hemos trabajado juntos en Argos Vergara, en

la década de los 80, cuando la Biblioteca del Fenice, donde también había llegado ya Juan Pascual. Pero ese es otro capitulo, dentro de esta misma memoria.

De las primeras conversaciones literarias del *Tucumán* que tuve con Barral -quien luego sería llamado por todos nosotros, los escritores más cercanos durante años a su complicidad amistosa, el Vizconde de Calafell-, recuerdo bien la que se centró en los escritores Vargas Llosa y García Márquez. Para el Vizconde, Vargas Llosa era "el último realista", con alusión directa a la mejor literatura novelística del siglo XIX francés, en donde sin duda se ancla uno de los "orígenes" del novelista peruano: Flaubert, Balzac y Víctor Hugo. García Márquez, sin embargo, era para Barral algo parecido a "un narrador oral del norte de África". Cuando repetía esta última ocurrencia, cerraba sus palabras con una carcajada muy característica, histriónica, que los más cercanos conocíamos bien y bautizamos como "barraliana". Aunque no compartía aquella manera de describir a García Márquez, para mí fue meridianamente claro desde el principio de nuestra relación amistosa y pro-

Carlos Barral con José Mª Castellet en Túnez, 1967 (foto de Mario Muchnik)

fesional que Barral prefirió siempre –como escritor, como persona, como personaje y como amigo- a Vargas Llosa, a partir del "descubrimiento" del original de lo que luego fue *La ciudad y los perros*.

Durante mucho tiempo se mantuvo la noticia de que Carlos Barral había cometido el peor error de su vida de editor "al rechazar *Cien años de soledad*". Esa noticia recorrió una y mil veces las salas de redacción de las revistas literarias y los periódicos de la época, enriqueciéndose "la historia" con mil anécdotas con las que se podía haber escrito, en su momento, una novela de humor que podía a la vez haber representado si no la guinda sí la fresa encendida del fastuoso pastel editorial que fue, también durante decenios, el "boom" de la novela latinoamericana de los 60.

Después de muchos años, de reflexión y pesquisas tengo para mí que Barral nunca leyó la celebrada novela de García Márquez. No es que no se tomara en serio el novelista colombiano, especie que también llegó a correr por los mentideros intelectuales de América y España a lo largo de muchos años (a pesar de que en ese momento negociaba la compra de los derechos de *La triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada* para Barral Editores, donde más tarde fue publicada), sino porque tenía la manía escolar de tomar vacaciones en el mismo instante en que las tomaban sus hijos. Entonces se trasladaba de Carrencá 22, donde vivía en Barcelona, al pueblo playero de Calafell, en Tarragona, donde tenía su casa de verano y el barco *Capitán Argüello*. Esa estancia marinera y vacacional podía durar de tres a cuatro meses, con algún viaje que el editor hacía a su despacho de la Ciudad Condal "para ver cómo seguían las cosas". Y ocurrió –debió suceder así- que la agente de García Márquez, Carmen Balcells, le envió "desgraciadamente" el original de *Cien años de soledad* cuando ya "su mente estaba de vacaciones".

Cierto que, aunque se niegue, Barral tuvo en sus manos el original de la novela de los Buendía. Y es casi seguro que lo diera a leer, ya empezado el verano, a alguna

persona de su entorno más cercano. Esa persona debió de leer mal, o no leerlo (si también estaba de vacaciones junto a Barral), el original de García Márquez que descansó en el sopor de un verano entero en la casa de Calafell de los Barral. En llegando el otoño, y terminados los plazos que Carmen Balcells había concedido a Carlos Barral para su lectura y subsiguiente contratación, el gran despiste se convirtió en noticia mayor hasta hoy, el tiempo en que muchos seguimos discutiendo lo que realmente pasó con aquel "affaire" que tal vez nunca existió tal como se ha contado hasta hoy.

Algo parecido pasaría pocos años después, cuando el Vizconde de Calafell salió despedido con muy malos modos de Seix Barral para fundar la entonces esperanzadora Barral Editores, con premio literario y todo. En ese momento crucial de su vida profesional, Barral tenía en Seix Barral los contratos, firmados o a punto de firmar, de dos títulos que formarían después parte importante de la leyenda del "boom" de la novela latinoamericana: *Un mundo para Julius*, del peruano Alfredo Bryce Echenique, y *El obsceno pájaro de la noche*, del chileno José Donoso, que ya había publicado algunas de sus novelas –*Coronación*, por ejemplo- en Seix Barral. Por testimonios confidenciales, del propio Carlos Barral, confidencias que además eran compartidas por bastantes personas del mundo editorial y literario, supe que él quiso llevarse consigo los dos originales para publicarlos en Barral Editores, pero que o la Balcells, que ya entonces empezaba a ser llamada cariñosamente en nuestras conversaciones nada secretas la Mamá Grande, no se lo permitió, o la propia dirección de Seix Barral se negó a que Carlos se llevara los dos originales.

El Vizconde prefirió finalmente *Un mundo para Julius*, y durante los años siguientes, alegaría en su defensa que Bryce Echenique era para él su "nuevo Vargas Llosa". No es que con esa elección Carlos Barral se ganara la animadversión de los Donoso, que ya residían en Calaceite, un pueblecito de Teruel, pero no hubo nunca entre ellos, entre Donoso y Barral, una relación fluida, como la hubo siempre con Vargas Llosa, Edwards, García Márquez –más distante, empero- y otros escritores españoles e hispanoamericanos que se habían acercado a la brasa de Barral trasportados por el carro de fuego que representó el "boom". De modo que había *una raya* evidente en las complicidades de Barral: unos estaban fuera de esa raya y otros dentro.

Uno de los últimos escritores latinoamericanos que llegó a Barcelona a la sombra del triunfo de la novela de los 60 que había venido de América Latina, fue el venezolano Salvador Garmendia, al que conocí en Barcelona en aquellos días y con el que mantuve una amistad cercana hasta el momento de su muerte. El

"cónsul venezolano en el boom de la novela latinoamericana de los 60", como lo llamó Carlos Barral en el momento de la publicación de *Los pies de barro*, no pudo ver editada su novela "clave" en Barcelona, en Barral Editores, por problemas de censura (como le había sucedido años antes con *Cambio de piel*, de Carlos Fuentes, y *Señas de identidad* y *Reivindicación del Conde* don Julián, de Juan Goytisolo), y tuvo que ser publicada en la entonces pujante Monte Ávila, en Caracas, Venezuela. Pero, de todos modos, lo recuerdo bien, la novela circuló en España desde el momento de su publicación, si bien clandestinamente, lo que nunca fue óbice para que Vargas Llosa diera un curso sobre Garmendia, el "cónsul venezolano", en la Universidad de Bellaterra, donde daba clases y seminarios de literatura en aquel momento.

En esos años, en las cercanías de Barral, no vi nunca a Rosa Regás, tan mentada en los años anteriores como colaboradora editorial de Carlos, que ya había pasado de largo, ni a Mario Muchnick, que todavía no había llegado, y debía estar en esos momentos en la época de jugar a ser Cartier-Bressons, el fotógrafo clásico. Sea como fuere, en el entorno de Barral no se nombraba con asiduidad a la Regás (ni la conocí personalmente en ningún momento de esa época) ni a Mario Muchnick (a quien tampoco conocí en esos años primeros de mi relación con Barral y Barcelona). Del que sí se hablaba, mucho y bien; quien sí aparecía como una presencia constante en las conversaciones de Barral y en sus cenas privadas era el gran Jacobo Muchnick. Recuerdo que todas la semanas, los martes, creo recordar, se reunían a cenar los Barral y los Muchnick en un restaurante italiano de la Diagonal, cerca del despacho de la calle Balmes. Barral sentía por Jacobo Muchnick una gran admiración y amistad. Jacobo Muchnick fue toda la vida un gran cómplice de Barral, y el Vizconde de Calafell se aconsejaba con él y admitía casi todas sus sugerencias. Asistí, invitado por los dos amigos, a más de una de aquella cenas, tan estimulantes desde el

Carlos Barral, J.A. Goytisolo y Castellet con Salvatore Quasimodo (foto de Asunción Carandell)

punto de vista intelectual y literario como gastronómico. Desde aquellos tiempos lejanos de los principios de los 70, hasta algunos meses antes de su muerte, mantuve con Jacobo Muchnick una relación de amistad y admiración inversamente proporcional a la que me deparó y sentí siempre, hasta hoy mismo, por su hijo, poco más que un niño mimado del que Barral me llegó a decir en repetidas ocasiones, entre otras ocurrencias suyas, que "no sabía caminar sin sus dos muletas" (su mujer y su buen amigo Ricardo Muñoz Suay).

Vi a Jacobo Muchnick por última vez un domingo en el restaurante Hispania, de Madrid, que ambos llegamos a frecuentar muchos años más tarde, cuando yo vivía ya en la capital de España. Barral había muerto unos años antes y se le estaba rindiendo un homenaje nacional del que se me mantuvo apartado. Ni siquiera se me invitó a participar en ninguna de las mesas redondas que se llevaron a cabo. Tal vez estaba ya ahí la mano de Rosa Regàs, que echó la culpa de mi "distancia" del homenaje a la familia Barral; y la no menos oculta influencia de Mario Muchnick, que ya había fracasado en la dirección editorial en Anaya.

-¿Por qué te has quedado fuera del homenaje a Carlos, J.J., si yo sé cuánto te quería nuestro amigo y lo cómplices que ustedes fueron? –me preguntó Jacobo Muchnick después de saludarme amistosamente, en la última ocasión que lo vi, en el Hispania.

-Ya tú ves cómo son las cosas, Jacobo –le contesté con un deje de tristeza. Detrás de Jacobo Muchnick, su hijo, el biólogo imposible, el matemático inaudito, seguía en silencio la escena. Con sus ojillos de ratón de espionaje, se mantuvo en la distancia del hipócrita.

Además de Jacobo Muchnick, el otro gran padrino reconocido de Carlos Barral había sido Giulio Eianudi, que colaboró mucho con los proyectos editoriales del Vizconde, sobre todo en los preparativos y los resultados del premio Formentor, en Mallorca. Barral sentía por él la misma cercanía amistosa, y pareja complicidad admirativa, que sentía por Jacobo Muchnick. Einaudi, a quien no conocí nunca, estuvo siempre presente en nuestras conversaciones, así como el escritor italiano Ítalo Calvino, que había nacido en La Habana. Y del viaje que Barral hizo a La Habana junto a Einaudi, me habló con frecuencia el Vizconde de Calafell a lo largo de muchos años.

Einaudi veía con bastante distancia –con profundo escepticismo- el espectáculo revolucionario cubano de aquellos primeros años: eufóricas ganas de cambiarlo todo en medio de una juerga musical y aguardentosa, con el ron corriendo por entre las carcajadas de felicidad de los escritores e intelectuales cubanos y aquéllos –multitudes- que iban a La Habana a conocer la llegada del

Hombre Nuevo al mundo. Juergas pantagruélicas –pero ya vigiladas- que sólo tenía parangón en la Historia con los carnavales de Río de Janeiro. Einaudi, por su parte, recién llegado a La Habana le hizo saber a Barral su escepticismo, pero el poeta no quería entonces otra cosa que convencer al príncipe de la edición italiana de las bondades excepcionales del sistema que Castro ya estaba impulsando en Cuba, no otra cosa que un comunista jesuítico y militarista que terminaría con las esperanzas y en la desazón de tanta gente en Cuba, en América Latina y en todo el mundo. Me incluyo entre esa multitud de gente, a partir desde luego de la evidencia del "caso" Padilla. Pero, cuando entonces, durante el viaje de Barral y Einaudi a La Habana, nada de esas sospechas incipientes eran tenidas en cuenta.

Al final, Barral pareció convencer a Einaudi de aquel camino cubano, el de la revolución con rostro humano era el camino verdadero, el del futuro. Luego de tomar unos tragos juntos, se encaminaron a unos de esos festejos interminables que entonces celebraban en aparente libertad los intelectuales de la Isla y sus hipnóticos invitados del mundo exterior a Cuba. En poco tiempo llegaron a la casa de la fiesta, en el barrio del Vedado. Se abrió la puerta y desde dentro sonaron inmediatamente los trombones de la música habanera y el sinfín de ecos de las conversaciones entrecruzadas a gritos de los invitados y los cubanos. A Einaudi, aquella alegría exultante le resultaba tan insólita como sorprendente, y trataba por todos los medios de subirse al carro del carnaval dejando atrás sus reticencias iniciales. En la entrada de la casa, a la izquierda, antes de entrar al gran salón donde el baile y la juerga habían adquirido resonancias de imparable estrambote, había una escalera por la que se ascendía a los pasos superiores del palacete habanero. Y al final de la escalera, mientras todo el mundo se divertía a gritos en los salones de la casa, triste, solitario y final, un poeta español que había sido premiado –justamente: es su mejor libro de poemas- con el Casa de las Américas, rasgaba melancólicamente su

guitarra, como si estuviera afilándola. Einaudi lanzó una retenida exclamación de sorpresa y rechazo.

–Bien, Carlos, lo soporto todo, pero ¡qué hace este imbécil allá arriba y lejos de la fiesta! ¡Ma questo imbecile! –dijo en italiano, señalando al poeta español.

Todo esto lo sé por boca del mismo Barral, que me lo contó varias veces a lo largo de nuestras conversiones sobre Cuba, su estancia en la Isla y el "caso" Padilla, pero el resto de ese viaje y de muchas anécdotas está contado en sus dos últimos libros de memorias, a los que les remito, incluido el miserable y público manoseo de un preboste a la cultura y la poesía cubana sobre la mujer de uno de los intelectuales más reputados de la Europa de entonces y de hoy. A ambos, al matrimonio europeo, había servido durante todo el día de anfitrión el poeta cubano. Los había emborrachado hasta que perdieran el nivel y se fueran por encima del ritmo educado europeo. Hasta introducir la cabeza debajo de aquella locura de alegría que les había hecho perder los sentidos. El poeta, mientras ejecutaba su faena pendiente del público asistente a la fiesta, reía a carcajadas. El poeta cubano era el celebrado autor de *Historia antigua*, que había reeditado en Inventarios en los primeros 70, y de *Calibán*, un ambicioso ensayo interpretativo de Cuba y América Latina que ha ido cambiando de texto para ser amoldado cada tiempo cambiante a las circunstancias de la Historia. *Sic transit gloria mundi*. Y también el universo de nuestras literaturas.